

El Eco de Cartagena

Leyendo el Boletín de la Prensa de la Provincia

Suscripción.—En la Península: Un mes, 1 pta.—En el Exterior: Tres meses, 7'50 id.—La suscripción se contará desde 1º y 16 de cada mes.—No se devuelven los originales.

Redacción, Mayor, 24.—Administración, Mayor, 46.

Condiciones.—El pago será adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro.—Correspondentes: París, Mr. A. Lorette, 14, rue Rouppe; Montmartre—New-York, Mr. George B. Fisher, 21 Park Row; Berlín, Rudolf Mosse, Jérusalemstrasse, 48-49.—La correspondencia al Administrador,

sobre las agudas flechas de las torres: y todas llevan un letrero que ya le chico franco, y en los techos enguantadas—que durante la semana han gauado el pan en los talleres, en los escritorios, en las tiendas de modas, en los bazar—su ramito de rosas ó de clavos encantados. Una humilde multitud dominguera que va vestida limpiamente y hasta confortablemente y hasta llamativamente si se quiere; pero que no se preocupa gran cosa de elegancia. La única elegancia aquí son estas muchachitas geníferas, desenvueltas que se acuerda de París, y que parecen muñecas de porcelana tan blanca la epidermis que en las sienes y en el pelo dieren que toma una yaga tonalidad celeste.

—¿Qué va a ser, Señor? —
—Cubierta de dos blancos.

Un banquete, el que nos vamos a dar, es un banquete con música selecta. En el centro de la Plaza, sobre un kiosco iluminado ya, cubierto por una gran sombrilla de lona blanca, lo que le dá una definitiva apariencia festiva, toca la banda de música de la Casa del Pueblo. Son obreros mecánicos, ó pequeños comerciantes, ó artesanos, vestidos de domingo, con sus oscuros trajes y un sombrero hondo que llevan dignamente. Alrededor del kiosco la multitud se agrupa, con atención. No se apretuja, ni se molesta, ni vocifera con impertinencia. No hay mozalevos que corran de un lado para otro, con propósito de alamar y robar las mujeres. No hay que una desechar de la música, pues que para eso se viene a la Gran Plaza. Y de todas las cerveterías y restaurantes, modestos instalados en ella, salen hasta mediar el arroyo las pequeñas mesas portátiles, alrededor de las que las familias toman asiento.

La plaza, en esta hora nocturna es negra; lo son las fachadas, que solo destacan el busto de una estatua, el resguardo luminoso de una estrella, la arista de una corona de bronce; es el pavimento; lo es, por efecto de la luz artificial, la indumentaria de la muchedumbre, masculina. Muy, alios irradian su luz clara, cuatro faros volcánicos, sin globo de cristal. Y en el centro el kiosco iluminado luce como un enorme bouquet de flores de artificios.

Cuando de repente la banda comienza a ejecutar la Marcha de los nobres de León, el tumulto de la multitud de la gente apagase, como bajó la oleada de nubes gigantescas.

—Sóis admirable, Talleyrand—exclamó el emperador impaciente...—Al oírlos se creería verdaderamente que soy el heredero legítimo del último rey de Francia... Además, y sin embargo, seré nieto de Enrique IV; nunca permitiré a los perdonables fumiscuarse en los negocios del Estado... ¡Se me criticado rudamente a los Borbones!...

—Luis XVI y María Antonieta guillotinados, la aristocracia desmembrada, arruinada, desterrada, cien mil personas degolladas, ese es el resultado del sistema... Si yo hubiera entrado en la sala de sesiones de la Asamblea Nacional con todo el regimiento de los suizos, igual que entre el 18 de Brumario en la sala del Consejo de los Quinientos, con todos mis granaderos, os respondería de que una bandada en el viento de Mirabeau habría arrigado muchas cosas en un momento.

Se sentó y extendió las piernas hacia el fuego. En un rincón del hogar, un poquito de cenizas gris era todo lo que quedaba del periódico de Londres. Ahora la llama que subía de los téjos abrazados alumbraba de lleno la cara del emperador, aquella cara de esfinge en la cual no se traspantaban ya ni la coleta ni las ambiciones mortales.

en este instante, distraído por una repentina supervivencia, esclarecepa pa-rami; el enigma de la grandeza de este pueblo en esta plaza poblada de acuerdos y de evocaciones del pasado, una enorme muchedumbre escucha en silencio el maravilloso fragmento de Wagner. El espíritu corporativo de estas tierras de Brabante y de Flandes, que dió origen á la riqueza colosal y la empleó en crear y fomentar un arte propio, ha cambiado de estructura y de nombre, pero permanece, simula-
do en las organizaciones socialistas son los antiguos gremios reditivos, que en vez de ponerse bajo la advocación de San Miguel o de Santa Cecilia, siguen la inspiración de un apóstol lúcido, obstinado y austero. Tie-
gen estas buenas gentes, arraigado co-
mo una reminiscencia ancestral, el ins-
tinto de asociación que hace fácil la
vida, el amor del arte, que la hace bella. No necesitan lucir su personalidad agresivamente para considerarse dignos. Han pasado, basaron hace si-
glos, de la idea egocéntrica del uni-
verso, es decir, de la idea de que el mundo es suyo, el mundo en
terno debe supeditarse á él, á la idea
social del mundo, la comprensión
social del mundo, á la concepción
del mundo no como una agrupación de
individuos independientes, ajenos unos
a otros, separados por diferencias irre-
ductibles, sino como un conjunto de
individuos que se condicionan unos
a otros, que se hacen falta unos á otros,
que no son nada unos sin otros. Esta
comprensión social de la vida—que
armanea de los gremios flamencos y
avatares del siglo XIV, dada á la pa-
abra libertad una significación enteramente opuesta á la que tiene en Espa-
ña. La libertad, en España, es cosa de
individuos. Aquellos cosa de la totali-
dad del conjunto. Aquellos mozalevos
que comienzan a vociferar en
la plaza, que esta música toca, serán
dejados sin miramientos. En España
yo lo he visto en Madrid, tal deten-
ción se condonaría un atropello contra
una libertad individual.

Pero aquí podéis pasárselos sin temor
sin temor de que los atropellos
vayan solos, ú os pongas en un aprieto
y acompañas a una mujer. Os permitis-
en una mesa. Trabais conversación con
la familia que ocupa la inmediata
habitación. Mientras tanto, el tiempo
tienen para ordenar recuerdos, dedicar
intenciones, juzgar hechos y con-
tratar en estos las predicciones con
que ciertos logretos y ambiciosos esti-
mulan y explotan la exaltación y la
moralidad de la vida.

Estos bástos los empezó a ejecutar el artista Querol, habiendo terminado sus discursos.

El regalo de los empleados de do-
mésticos, ha tenido por objeto significar
les á Clervá y á Orlano, búsquese
por las reformas realizadas en bene-
ficio de la clase.

Política local.

Más farándula.

En Madrid no supo encontrar una

protesta á que proponen fatalmente
nuestras ineducadas clases populares,
confundirán con facilidad la indefini-
ción política, cárteles y egoísta, y el
último desplante de soberbia, e impo-

tencia del embajador de los bloques,
con aquella rebeldía nacida de nues-
tros impulsos, abnegada y pasiva, feroci-
ca para la que los románticos senti-
mientos de nuestra raza, tuvo siempre

apasionada simpatía.

Para estos cándidos ciudadanos, el
Sr. García Vaso ha desaparecido por
ellos ventajas materiales y honores
sin cuento, ofrecidos á cambio de cla-
sificaciones vergonzosas.

Y que se dice?

Gómez, de acuerdo con el presidente

intimo. Y sella las oficinas y hacia

ya la gente se retira con orden, sin
alboroto. A las doce la plaza está des-
ierta, apagado el kiosco, extinguida

la luz de los faroles.

Sólo la huma, la blanca y dulce huma que sopla

está en el aire.

Y el kiosco.

Y el kiosco.